

EL AMIGO

(NARRACION)

por Rufino FERNANDEZ REDONDO

I

L ardiente y seca tarde empieza a declinar. El sol corre veloz a ocultarse tras las peladas colinas, donde ya hace rato que ahogó el canto de mil cigarras.

La sombra cubre con su manto los viejos y desarmados tejados del pequeño pueblo que levanta altivo hacia el infinito sus gruesas y torcidas paredes hechas de adobe. En la plazuela una fuente de ancha pila donde suavemente cae, con un débil murmullo el agua cristalina que resbala escurridiza por el torpe caño de metal oscuro, incapaz de tenerla.

Sobre la húmeda pila comienzan a elevarse las voces de cansados labradores, cuyas charlas llenarán las estrechas y empinadas calles, y luego rebotando en el suelo polvoriento, irán a estrecharse en el silencio del ocaso.

Los muchachos van llegando al lugar donde cada noche se reúnen entre bromas los jóvenes del pueblo. Allí, al borde de la fuente, comentan, discuten y entre risas estrepitosas se burlan de algún pobre infeliz, herido por la flecha de Cupido.

—Oye Juan, tenías que haber estado ayer tarde en la huerta de Eliezer. Te hubieras reído un rato.

—Fue algo fabuloso; tuve que marcharme con Marcos porque no podíamos aguantar la risa —dice otro.

—Los tórtolos estaban tan embelesados mirándose a los ojos que ni siquiera se enteraron —contesta Marcos.

Juan sentado entre sus amigos sonríe al pensar en la broma que se perdió el día anterior. “Si no hubiera tenido que ir a cuidar del trigo, —piensa— yo también habría ido a reirme un poco, pero hace días que se lo vienen quitando a mi padre y tuve que pasarme casi toda la noche vigilando en la era”.

—¿Aún no habéis cogido al ladrón?

—¡Qué va! Ni le vi siquiera, —responde Juan notándose la rabia en sus palabras—. Por su culpa me paso la noche en vela; si lo llego a coger te aseguro que se le quitan todas las ganas de robar.

—¿Estuvo con vosotros Jesús? —pregunta a los demás.

—No, no vino por la tarde. Parece mentira, pero continúa igual que cuando hace años murió su padre; desde entonces pasa los días trabajando como un loco.

—Bueno, él ha sido siempre raro.

—Yo le vi por la mañana y me dijo que no le esperásemos, que seguramente se quedaría a terminar un trabajo.

—Seguro que hoy también le ocurre lo mismo; no creo que venga cuando no ha llegado ya.

—No es culpa suya, ahora tiene que alimentar a la madre con sus manos y se tiene que espabilar.

—Ella sí que está desconocida —dice Juan.

—Hombre, también para ella pasan los años. No es solamente porque murió el marido. Por muy bueno que fuera...

—¡No digas tonterías! —le recrimina Juan—. Aún recuerdo el cambio que dió.

—Tienes razón —asegura Simón que vive al lado de su casa— se pasaba las semanas sin salir; sólo venía a la fuente a por agua y luego volvía a recogerse en su casa. Mi madre ha ido a la plaza muchas veces a comprar para ella. Ahora ya no tanto, pero...

Alguien corta la triste conversación.

—¿No os habéis enterado de lo de Isabel?

—Quien, ¿la hija de Zacarías?

—Sí hombre, Isabel la del molino.

—¿Qué pasa?

—Pues me han dicho que está coladita por él.

—¿Por quién?, ¿por Jesús?

—Sí, pero él no le hace caso.

—¡Callaos que viene su madre!

Todos se giran y la conversación queda ahogada al verla llegar.

Sus negras vestiduras se doblegan al viento. Los débiles brazos aguantan nerviosamente dos cántaros de dura arcilla, y una sonrisa cansina aflora a sus labios reseca por el sol, que un día fueron cerezas de rojo y suave color.

Juan se mueve deprisa y sin dar tiempo a los demás, le arrebató el peso de encima cuando se acerca al grupo de la fuente.

—Deje, señora María, yo la ayudo.

—Gracias hijo; como están vacíos no pesan mucho.

—¿Y Jesús? —pregunta Marcos.

—Pobre hijo, no para de trabajar; allí está como siempre, dále que dále.

Mientras, Juan va llenando los cántaros en el agua fresca que baja del manantial.

—¿Cómo va el trabajo, muchachos? Dicen que este año no es de buena cosecha. No he vuelto a ver los campos desde que mi querido esposo pasó a otra vida. Antes, siempre salíamos a pasear los dos juntos por el monte y veíamos crecer las buenas espigas.

Sus ojos cansados dejan escapar una lágrima y los jóvenes se miran cohibidos, sin saber qué decir.

Es Juan quien se atreve a romper el momento embarazoso.

—Ya están los dos llenos; ahora se los llevamos a casa.

—No; no os preocupéis, yo los llevaré. Así se me desentumescen los músculos un poco. Colócamelos aquí. Así. ¿Ves como puedo? Le diré a Jesús que habéis preguntado por él.

Mientras se aleja, queda un silencio espeso que nadie se atreve a cortar.

Marcos interrumpe bruscamente queriendo olvidar el momento pasado.

—¿Qué decías de Isabel?

—Pues eso, que se pirra por él.

Juan mira nerviosamente a Marcos, y en esa mirada hay una súplica que éste no llega a comprender.

—¿Pues no eres tú Juan el que la quiere?

Al ver descubierto un secreto que por otra parte todos conocen, sólo responde bajando la mirada y nadie desea herir su corazón.

—¡Qué pasa!, ¿os habéis vuelto mudos? —exclama profundamente airado.

—Perdona Juan, he sido un imbécil —responde Marcos.

—¡Quién iba a decir que le gustara precisamente Jesús! —comenta el que ha traído la noticia.

—Yo no lo sabía —dice Santiago—, pero ahora que lo dices pienso que es verdad, porque algo he notado yo en ella cuando habla con él.

—Y él... ¿nada?

—Nada de nada, y es lástima, porque es una chica estupenda.

—Desde luego, digáis lo que digáis, es bastante raro, porque a una chica así no se la rechaza.

—No es raro; lo que pasa es que está obsesionado con esas ideas nuevas y lo malo es que si se enteran los de arriba son capaces de meterlo en la cárcel. Ya veis como andan los tiempos de revueltos para que alguien salga por ahí diciendo lo que piensa.

—No sé si será por esa obsesión, pero últimamente lo encuentro más preocupado, más distante de esa juventud que se escapa por momentos de su persona.

—Yo más bien creo que su persona no le ha pertenecido a él nunca, sino a sus ideas —dice otro.

—Creo —explica Santiago con la mirada lanzada hacia el suelo— que lo difícil no es nacer con ese ideal, sino seguir defendiéndolo a pesar de los años que pasan inexorablemente.

—La verdad es que he tratado inútilmente de hacerle ver —confiesa acaloradamente Juan— que lo bello de sus ideas, es precisamente lo que se interpone duramente entre la realidad y la fantasía. Pero ha sido inútil. Se aferra a una idea que estoy seguro acabará un día con él. Ojalá me equivoque.

—Me dijo hace días —continúa— que tendrá que marcharse cualquier día. A veces temo por él. No sabe aún cómo castigan por revolver a la gente.

—Eso es lo malo precisamente, que no sólo lo tiene él en la cabeza, sino que además quiere metérselo a los demás.

—Sí, a pesar de todo es un buen amigo, aunque como dice Santiago, de vez en cuando intenta liarle a uno también en ese torbellino que lleva dentro.

—La pobre Isabel tendrá que ir pensando en otro —murmura Santiago mirando de reojo a Juan— él no cambiará nunca y si marcha como dice Juan...

—No lo creo —dice Marcos— ¿quién cuidaría de su madre? Ya sé que tiene parientes, pero no sé, lo encuentro extraño.

—Mira tú, no es el primero que ha querido comerse el mundo en un día, pero está bien claro que para eso tiene que ir a la ciudad; allí es donde están los ricos y los pobres, allí es donde hay riqueza y miseria, aquí sólo estamos unos pocos trabajando los campos de nuestros padres.

—¡Mirad, ahí llega Isabel!

—Vamos a gastarles alguna broma, chicos.

—¡A que le rompo la cara a alguno! —exclama Juan con los puños cerrados por la ira.

—Bueno hombre, no he dicho nada; perdona.

Con la cara medio oculta por la oscuridad de la noche, se acerca sonriendo una joven y bella muchacha, cuyo cuerpo movido con un ritmo de embrujo, se cimbreo graciosamente aún llevando en la cadera el cántaro vacío para llenarlo en la fuente.

—Buenas noches a todos.

—Buenas Isabel —responden por igual.

El agua comienza a caer vertiginosamente en la oscura boca de arcilla que parece no tener fondo.

—¿Cómo dejan venir sola tan tarde a una hermosa chica como tú?

—¿No tienes miedo al venir?

—¿Y quién me va a comer? —contesta ella sonriente—. Además, en el pueblo saben que todas las noches estáis por aquí.

—Sí, pero con todo y con eso, bien podrían darte un susto.

—Estoy a dos pasos de casa y alguien saldría.

Mirando a Juan que observa embelesado el suave rostro femenino, nadie se atreve a insinuar lo de Jesús, pero alguien pregunta al fin.

—¿Has visto a Jesús?

—¿Por qué tendría que verle? —contesta ella azarosa y con un tono de rubor que la noche no logra ocultar— supongo que al no estar aquí, estará en su casa.

Todos adivinan en ese momento que no ha venido a por agua a la fuente, pero ya nadie quiere molestarla.

—Lo decía porque nosotros no le hemos visto hoy y a lo mejor tú...

—Pues no —exclama secamente.

—Bueno mujer, —dice Marcos— no te pongas así, nadie quiere ofenderte.

Santiago se levanta en ese momento del lugar que ocupaba y

sacundiéndose un poco el polvo de los pantalones, se despide de los demás.

—Es tarde; yo marchó, que mañana tengo que ir bien temprano a lo de cada día.

—Espera, yo también me voy.

—Y yo —dice otro.

—Habrá que irse refugiando, ya es un poco tarde, ¿te vienes Juan?

—No Marcos, espero a Isabel y me iré con ella, que está muy oscuro para ir sola.

—De acuerdo hasta mañana pues.

Entretanto el cántaro empieza a rebosar y Juan torpemente lo quita de las manos suaves y pequeñas que lograr hacerlo enmudecer.

—Gracias, Juan, eres muy bueno al acompañarme.

—No es nada; —murmura sonrojado— todos deseaban hacerlo.

Y en la noche oscura y callada sólo queda el monótono sonido del agua bailarina al caer con pasión desenfundada en la dura piedra desgastada, y luego el suave murmullo recorre las desiertas y empinadas callejuelas.

Después se aleja despacio a reunirse con la luna que cada noche le cita en el arroyo transparente.

I I

El nuevo día empieza a despertar cuando los cantos de los hombres escalan las montañas y las risas de mujeres empañan de alegría la temprana mañana.

El sol sube despacio los escalones del pedestal que le espera en lo más alto del cielo azul. Luego comienza a bajar, esta vez más deprisa, porque no quiere que la luna le sorprenda desnudo.

Ya se oyen los cantos del final de la jornada. Se dejan las torcidas hoces en el suelo terroso del amarillo tragal y se marcha presuroso hacia el pueblo acogedor que los recibe contento de volver a oír sus fuertes voces y su alegre algarabía.

La fuente espera risueña a los mozos de cada día que se reúnen a cortejarla en las noches de verano.

—¿Dónde pensáis ir este sábado? —pregunta alguien.

—No sé, ¿qué te parece a ti Juan?

—Tampoco sé qué decir, hay veces que se aburre uno.

Flota el silencio.

—Tengo una idea, —anuncia Santiago rompiéndolo—. Dicen que en la orilla del río acampa uno de esos que tienen las mismas ideas que Jesús. Uno de esos que alborota al pueblo. Podíamos ir; aquello estará lleno de chicas.

—Mirad, ahí viene Marcos —señala uno— él sabrá dónde divertirnos.

Pero el que llega es un Marcos pálido, jadeante y cansado de correr, que explica entrecortadamente.

—¿Os... os habéis... enterado?

—¿De qué? —pregunta Juan.

—La gente an...da como loca en...todo el... país —dice casi gritando, mientras comienza a sosegarse— Jesús se ha marchado de casa dejando la carpintería y sin despedirse de nadie, ni siquiera de Isabel. Le vieron dirigirse hacia donde esté ese que remueve a las gentes en la orilla del río, el que llaman el Bautista y cuando ha visto a Jesús dicen que ha exclamado: “este es Cristo el Salvador”, y muchos le llaman Jesús de Nazareth. Le dan el nombre de nuestro pueblo, aunque nació en Belén...

De reciente aparición

Corpus Provincial de Inscripciones Latinas. -- Cáceres

por Ricardo Hurlado de San Antonio

384 páginas, 824 inscripciones
ilustraciones y mapas

Edición de los Servicios Culturales de la Excm. Diputación de Cáceres
Pedidos a estos Servicios o a la revista ALCANTARA



MARIA SALUD ALONSO Y ALONSO ALONSO

Del 16 al 30 de marzo se celebró en la Sala de Exposiciones de la Diputación Provincial, una muestra conjunta original de

dos hermanos artistas cacereños, María Salud Alonso y Alonso Alonso, ambos adscritos al grupo “El Canchal”, que presentaban en total 43 óleos.

Alonso Alonso, se nos muestra en sus lienzos como un pintor

Arte
